

Vení para acá Sotito

No es para menos, hoy es cinco de noviembre de mil novecientos veintiuno, y este lugar se llama Río Gallegos.

El hombre es alto, mírelo bien, las chicas de la casita dicen que es bastante bien parecido, un poco bizco, ese es el hombre. Antes era como el virrey del pueblo, hoy es el que se come los chicos. Se llama Soto y trata de huir para salvar su vida.

Muchos de sus seguidores hoy no lo conocen, y sus enemigos abren el olfato como perros feroces y lo buscan. Es más sin trámites extra lo matarían, aunque mucho peor sería caer en las manos de la tropa del Coronel Varela.

Este es un pueblo chico y la gente está aterrorizada. Hay muchos milicos dando vuelta por todos lados. Pasan mirando fijo a los del pago, a muchos los palpan, los huelen, los acosan.

La hermana del Toscano con las lágrimas del miedo y el honor deshecho del vencido, le dio un poncho castilla, un sombrero y las buenas noches.

- No puedo Soto. Por Dios que no puedo. Que tengas suerte.

Un poco de viento en la noche de Río Gallegos. Se oye de tanto en tanto ladridos de perros, el traqueteo de algún auto por la calle Roca. Quizás algún tiro.

Soto camina y evalúa.

¿Ir al Hotel Argentino?... ¡Uh!, qué mal... cómo pensé en ir ahí... sería suicidarme.

Ahora llueve sobre Soto y el pueblo adormecido. Hay olor a carbón de piedra y es un perfume que lo alienta. Hay algo de familia, de casa, de refugio para un hombre perdido. Soto avanza.

Dos mujeres tomadas del brazo esquivan lagunas y se tironean entre sí. Caminan apuradas. Todo lo observan.

- Ese... ese que viene es Soto.

- No... Soto no es rengo.

- Se hace, tarada, mirá como se hace.

- Sí Soto no tiene un poncho oscuro...

- No seas tarada, mirá lo que decís. Yo tengo ojos para mirar los hombres y te digo que el güevón ese es Soto y no es rengo. Además los hombres siempre te cagan a vos.

- ¡Sh! Callate.

- Che... vení para acá Sotito.

Soto es todo oídos, todo ojos. Su mano acaricia un revólver. Nadie sabe si mató algún hombre alguna vez. Las conoce, quién no conoce las chicas. Son la Mary y la Piti, en realidad se llama Petra pero le decimos Piti.

- Te venís con nosotras.

- No tengo guita...

- No seas boludo Soto. Vos sos un buen tipo. Te buscan. Nos podríamos ir todos a comer choros a Punta Arenas. Este quilombo que armaron los milicos si no nos mata nos va a hacer adelgazar.

Risas apagadas en la noche de huelga. Soto lleva abrazadas a las mejores minas del pueblo. No importan los charcos, la noche, esta helada que parte los huesos como los oficiales de la huelga.

- Tomá una ginebra Soto. Descansá.

Casa de mujeres solas, locas, putas, santas. De mujeres tristes, de madres frustradas.

- ¿Cómo te llamás?

- Mariel Martel.

- No te hagás la boluda. ¿Cómo te llamás?

- María Luisa Cárdenas.

- ¿Chilena?

- Sí.

- Chilota, entonces.

Ella lo mira. Sus ojos de pan casero, tibio y oloroso desconciertan los ojos de hielo.

- ¿No lo vieron a Soto?

- No.

Fue cortante, segura.

- ¿No es cierto chicas?

Las otras no hablaron. No era necesario.

Y Soto está allí. Detrás de ese mueble, hay un fogón, y en ese fogón hay un hombre que arde de impotencia y tiembla aunque no haya demasiado frío.

Y le quería pedir... Coronel...

Capitán señorita. El hielo la mira. La penetra.

Ella continuó. Sabe tanto de eso...

- ...señor Capitán... quería pedir... si nos da permiso porque queremos irnos unos días a Punta Arenas.

Ella percibe que él se siente poderoso entonces lo alienta.

- Necesitamos comprarnos ropa interior, medias, unos perfumes importados que acá no hay y... y comer unos choros.

El hielo escribe sobre el papel blanquecino. La firma es ostentosa. La coronan los sellos de azul autoridad. Resalta sobre el hule de la mesa el pasaporte a la vida.

Ellas parecen inermes. No muertas pero tontas. Saben tanto de eso.

- Putas de mierda, dice cuando se va.

Son las siete de la mañana. El auto de las chicas traquetea alegremente. La calle Roca está cortada con fardos de lana

y con hombres de Varela.

- ¿Adónde creen que van Ustedes?

- A Punta Arenas. Acá tenés el permiso del Coronel Varela.

- ¿Así que se van?

- Sí.

- ¿Y no me das un beso?

- ¡No toqués!

Está linda la grandota, ¿viste? Medio bizca, y tiene unas nalgas duras, ja ja.

- A mí me gusta la negra porque es ancha.

- Ja, ja.

El auto se aleja y los brazos saludan, no a los milicos, sino a la esperanza que llega.



El desafío de Teodoro

Cuando Don Teodoro Huanque bajaba de la meseta de Somuncurá nunca dejaba de pasar por el boliche.

- Buenas, decía mirando la paisanada.

Entonces el silencio helaba las gargantas esperando la novedad.

- Tres chivitos esta semana, cuatro la anterior, ya no sé qué hacer.

Hundía el silencio esa espalda agobiada. Las manos torcidas por el trabajo duro descansaban sobre el mostrador.

-¿Quién le carnea?, preguntó el viajante de comercio, un muchacho nuevo de Bahía Blanca.

- El Diablo.

Las palabras le saltaron de adentro como una bocanada oscura, pesada. El viajante pensó que le estaban tomando el pelo. Su mirada anduvo entre los presentes buscando complicidad. No la tuvo. Un hombre acodado sobre el mostrador recorría con el dedo el borde de su vaso. Otro como distraído observaba una mosca o el horizonte más allá de la ventana.

- ¿Y Usted está seguro que es el Diablo? ¿Usted lo vio?
- Sepa amigo, dijo Don Teodoro, que en el campo mío hay una Salamanca. Y por si no lo sabe, es una de las entradas del Infierno. Este diablo, cada dos por tres se le da por hacer unas fiestas ojetudas en las profundidades y convida con asado. Lo peor es que sin querer los chivitos los pongo yo. Otra fiesta más y estoy listo.

Todo el pueblo de Treneta sabía de la desgracia de Teodoro. Algunos le decían que venda ese campito que le estaba dando tantos dolores de cabeza y le aconsejaban que se alejara a otro lugar un poco mejor.

Un día, cansado de tanto sufrimiento, decidió desafiar al diablo formalmente. Don Irineo Bello, el más famoso de los curanderos del lugar dijo:

- Mirá Teodoro que desafiar al diablo no es moco de pavo.

- Así es.

- Mirá que tiene por costumbre aparecer de repente, ¿No te vas a asustar?

-No sé, creo que sí.

- El Diablo anda en un caballo negro y crinado. Cuando aparece el aire se llena de olor a ceniza o a kerosén. Vos lo vas a sentir. Anda siempre como un hombre alto, vestido con un poncho largo y negro. Si querés sacar alguna ventaja hacé como que no lo conocés. Si el diablo se descuida pueda ser que tengas alguna oportunidad.

- Yo lo voy a esperar en la bajada de las Torcasas, me voy a hacer el tonto. Aunque eche chispas por el culo, como que no me doy cuenta. Lo invito una cañita y si lo mamo un poco...

- Yo... yo te voy a dar un yuyito para que lo pongas en la botella, a vos, no te va a hacer nada porque no sos el diablo, pero a él... no sé, según como lo agarre. Capaz que lo deja medio distraído por un rato.

Cuando Teodoro se estaba quedando dormido en la bajada de las Torcasas, todo se llenó de un olor parecido a la tierra cocinada. -Mierda- pensó, acá está. El miedo lo ayudó bastante. Teodoro hizo como que no sabía quién estaba delante de él.

Enfrente suyo, había aparecido de improviso un hombre alto, vestido de negro.

- ¿Cómo anda vecino? preguntó Don Teodoro. Ganándole de mano al Diablo. Tanto tiempo que no lo veo por el pueblo, ya ni pasa por mi casa como antes, será porque estoy más viejo y ya no veo casi nada, o es porque ando pobre?

El diablo quedó desconcertado. Esto es más fácil que hacer relámpagos, pensó.

- Sírvase un trago de caña vecino, y a ver si se cuenta algo, porque no se sabe si no habla porque está enculado o por esta tierra que hay en el aire y que no dan ganas de decir nada con la boca pastosa.

El Diablo miró y no vio tierra en el aire. Pensó que Teodoro, aparte de no ver bien, estaba medio borracho, porque encima lo confundía con un vecino.

- Salud, mi amigo, dijo el Diablo agarrando la botella.

- Salud, salud, dijo Teodoro.

Esto es vida, pensaba el Diablo. Primero le como los chivitos después le tomo la caña, y después le tomo el pelo. Al Diablo casi se le escapa una carcajada. Mirá que había sido fácil el Teodoro.

- Y qué anda haciendo, preguntó el Diablo.

- Esperaba a cierta persona pero me parece que se debe haber asustado porque no vino, dijo Teodoro.

- ¿Y a quién espera Don Teodoro?

- Lo espero al Diablo.

- ¿Y no le tiene miedo vecino? Preguntó el diablo.

- Por supuesto, dijo Teodoro, ¿acaso piensa que estoy loco?

- Entonces...

- Entonces lo quiero pelear de malo que ando nomás. Sírvase otro trago.

- Gracias amigo. ¿Así que se me anda enojando por unos cuantos chivos?

- ¿Quién ha dicho algo de los chivos?

- Yo sé, porque los diablos sabemos todo, y además, esto es para su gobierno, los diablos nunca faltan a un duelo.

El Diablo había sacado el cuchillo pero los yuyos de Don Irineo ya le estaban haciendo efecto. Mientras que Don Teodoro de los nervios y de la rabia sacaba muchísimo coraje.

- Empecemos porquería, le dijo al Diablo.

El Diablo estaba preparado pero le daba sueño, se distraía, se olvidaba que estaba peleando. Se sentía débil y cansado. Así y todo la pelea fue dura. En un descuido del Diablo Don Teodoro hizo un movimiento inesperado y como de un hachazo le cortó varios pelos bigote. Don Teodoro agarró en el aire ese mechoncito. El Diablo apenas repuesto por el susto, aprovechó para desaparecer entre una nube de humo, insultos y relámpagos.

A veces en el bar del pueblo Don Teodoro muestra en una cajita de fósforos los pelos del bigote del Diablo, y se ríe, porque ahora el Diablo no hace más asados con sus amigos seguramente para que no vean que le falta la mitad del bigote.

*

Fotos de Santiago y Manuel Rodríguez
en Puerto Santa Cruz, 1921

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
Nº13 - Agosto de 2013
San Carlos de Bariloche



DOS CUENTOS
GUILLERMO LUIS RODRÍGUEZ

S. C. de Bariloche

13

Agosto 2013